

purgatorio matrimonial. El infierno es terrible, pero por lo menos tiene las emociones dramáticas de todo lo que es grande, ó sangriento, ú horrible. El purgatorio, por el contrario, es pequeño, mezquino y deplorablemente vulgar. No hay las terribles tempestades del Océano, sino pantanos en que nos sumergimos poco á poco; no hay mordeduras de tigres, sino picaduras de mosquitos; no hay garras de león, sino el picor de las chinches; no hay delirios ni delitos, sino sollozos comprimidos y lágrimas ocultas: un continuo tormento, una exasperación de heridas, un recrudecimiento de humores malignos, que desde la médula de los huesos atraviesan paulatinamente los tejidos y se manifiestan en la piel bajo una forma repugnante.

Tal es el cuadro nada halagüeño, pero muy verdadero, del purgatorio matrimonial, cien veces peor que el purgatorio católico, porque éste, después de un período más ó menos largo, conduce al paraíso, y aquél no conduce más que á la muerte, á través de un largo fastidio y cansancio de la vida...



CAPÍTULO UNDÉCIMO

El paraíso.

STABAN sentados en una esquina del mismo sofá, apretados uno contra otro, no en un espasmo de voluptuosidad, sino en una tranquila é ingenua admiración de sí mismos.

No tenían deseos, porque todos los habían satisfecho; pero tampoco estaban indiferentes

ni enojados, porque la luz del amor brillaba sempiterna sobre su cielo. Crepúsculos del alba que reían y crepúsculos del atardecer melancólicos; pero jamás la noche. El amor verdadero, fiel, profundo, no conoce las tinieblas. Cuando el sol baja al occidente, se enciende para los verdaderos enamorados el faro eléctrico de luces tornasoladas que, como un arco luminoso, une la puesta del sol con el amanecer.

Sobre las rodillas de ella dormía semi-abierto, como en dulce ensueño, un volumen de Musset, y la mano derecha de él estaba cerca, muy cerca de la mano de ella.

Había leído muchas páginas del gran poeta en alta voz, como ella sólo sabía leer, esculpiendo aquellos versos inmortales con el acento apasionado del que leyendo ama ó del que amando lee. Aquella lectura inspirada les hacía permanecer callados, pero lentos y frecuentes suspiros daban á entender que á través de aquellas manos unidas se comunicaba con fuerza una sensación de felicidad completa.

La corriente de ella á él decía sumisa:

—¡Mira, querido, qué hermoso es esto!

Y la corriente de él á ella respondía con un escalofrío intenso:

—¡Gracias querida!

En un momento, sin que ella hubiese dicho, *¡Estoy cansada!*, sin que él hubiese dicho *¡Basta!*, el libro cayó de las rodillas de ella, y ambos se miraron en sus propios ojos.

Y aquellos dos afortunados no eran más que ojos, abiertos, largamente abiertos para embriagarse en la luz que emanaba de sus almas; humedecidos por lágrimas que no caían sobre sus mejillas, pero que eran absorbidas por una esponja invisible que las llevaba al corazón. Quien hubiese estado presente habría sentido un doble *tic-tac*, unísono: la armonía de dos notas, una grave, la otra más aguda, la música divina de dos almas, que se hablaban sin pronunciar palabra.

Los ojos de ella eran dulces, tiernos, suavísimos. Parecían desprenderse de un rayo del cielo. Los de él relampagueaban, ardientes, abrasados, bebiendo la ambrosía paradisiaca de las pupilas de ella.

Escalofríos de cuerpos, contacto de manos, relampagueo de ojos, se armonizan con el *tic-tac* de dos corazones unidos entre sí; todo un éxtasis de dos existencias, enlazadas por los poros de la piel, por los nervios del alma, por los músculos de la voluntad.

¿Era voluptuosidad?

No; era la felicidad.

¿Era lascivia?

Aún menos; eran dos vidas fundidas en una sola.

Después de un suspiro de ambos, de aquellos ojos saltó una chispa, de aquellos labios, también en el mismo instante, como si hubiesen estado de acuerdo, brotaron estas palabras:

¡Oh, qué hermoso eres!

¡Oh, qué hermosa eres!

*
**

En los tres años que llevaban de casados ni la más ligera nube obscureció el cielo de su felicidad.

Durante la luna de miel, en medio de aquella atracción irresistible, envuelto en un profundo suspiro, salía de los labios de ella:

—¡Oh Carlos, Carlos mío, qué felices somos!

Él, como presa de un misterioso sobresalto, le respondía:

—¡No, Teresa, no lo digas! Creo que esto traerá alguna desventura. Cuando Dios ve á un hombre feliz, encuentra en él una contravención á las leyes humanas y le notifica

el terrible bando que se lee de continuo en Inglaterra contra los que violan las leyes: *¡You will be prosecuted!* (vosotros seréis castigados). ¡Figúrate, pues, que en vez de un ser feliz somos dos! La pena debe ser doble.

Ella enrojecía, sonriendo. No creía ciertamente en esta especie de *gettatura*, pero obedecía de buena gana y por el momento no dijo más:

—¡Carlos, qué felices somos!

Esto no les impedía serlo. Un día, sin embargo, repitió aquella feliz exclamación, de la cual sentía necesidad para dar rienda suelta á la plétora de su corazón.

Carlos le cerró la boca con la mano, pero ella resistiéndose y casi por burla, volvió á repetir diez veces las mismas palabras.

—Tu verás como no nos acontece nada malo.

Y en tanto la felicidad más completa continuaba brillando en el cielo azul de aquellos dos afortunados.

Eran dos y eran uno; pero algunas veces suspirando se decían:

—¿Y por qué no somos tres?

Verdaderamente siempre era él quien lo decía y entonces ella inclinaba la cabeza ruborizándose y suspiraba.

—Tienes razón, Carlos, nuestra felicidad es demasiada, demasiada ciertamente para dos solas criaturas. Dividida en tres sería aún mejor.

—Pero el tercero, Teresa, debe ser pequeño, pequeño, así, mira...—y abría la palma de una mano para indicar el largo que debiera tener este tercer socio de aquella felicidad.

Este discurso no hacía feliz á Teresa, y después de una sonrisa forzada, besaba á Carlos ó le daba un golpecito en la cara, y avergonzada, con la voz entrecortada, le decía:

—Bien sabes, querido, que yo no tengo la culpa.

—Ninguno de nosotros la tiene, lo sé. ¡Nos queremos tanto! Pero no pensemos en ello... también podemos ser felices dos.

Y desde aquel instante no volvieron á hablar de aquella tercer criatura, que debería tener un palmo de largo, y que compartiría su felicidad.

Peró siempre pensaban en ello, solos, á dúo.

No era una nube que cubría el sol, sino una niebla sutil que lo velaba.

Un día, mientras él estaba ocupado en el escritorio, entró ella interrumpiéndole, como si necesitase comunicarle un secreto; pero titubeó, quedóse parada en medio del cuarto sin dar un paso adelante.

—¿Qué te ocurre, Teresa?

—Tengó una buena, una gratísima noticia que darte.

—¿De veras?

Ella sonreía ruborizada, y á pasos cortos, tímida, excitada, como si debiese confesar una culpa, se acercó á la mesa, abrazó á Carlos y confundió su cabeza entre los cabellos de él, enmudeciendo y ocultándose el rostro.

En vano pretendía él separarla para leer en su semblante. Creía adivinar, pero tenía miedo de engañarse.

—¿Entonces, Teresa mía, será verdad?

Ella, repuesta súbitamente, le cogió una mano y la acercó á su vientre.

—Toca, Carlos, somos tres...

Él se levantó convulso, y la abrazó y la besó cien veces en los ojos, en las mejillas, en los cabellos, en la boca, en toda la cara, interrumpiendo los besos con palabras que eran suspiros y sollozos de felicidad.

—Gracias, gracias, querida mía.

Y continuaron siendo felices sin temor á que en sus oídos repercutiera el

¡ You will be prosecuted!

Hacía ocho días que no se habían visto.

Por primera vez, y por asuntos urgentísimos, tuvo él necesidad de dejarla sola.

¡Ocho días... esto es, ocho siglos! El la había escrito ocho veces; ella once, porque un día que le había parecido más largo que los demás había escrito tres veces, en tres lenguas distintas que ella conocía. En la última carta, escrita ya de noche y en inglés, terminaba con estas palabras:

«¿Por qué no he de conocer siete idiomas? Entonces hoy te hubiese escrito siete veces, porque la misma cosa dicha en distinta lengua resulta diversa y parece que renueva la alegría de pensar en tí. Querría poderte decir que te amo en todas las lenguas del mundo...»

Al fin telegrafió su llegada, y tan pronto como ella tuvo noticia, fué á la estación con una hora de adelanto, paseando arriba y abajo y á todo lo largo de aquella rotonda desierta. Miraba continuamente su reloj y al de la estación y creía que hasta se habían parado; tanto, que los minutos le parecían siglos...

Con una de sus más gratas sonrisas se acercó á un empleado.

—¿Trae retraso el tren de Génova?

—Sí, de diez minutos.

¡Cómo agradeció aquellas cuatro palabras! Y cómo maldijo su corazón en cuanto dependía de los trenes italianos, de sus maquinistas, de los directores y de los accionistas, que por falta de cuidado le imponían otros diez minutos de angustiosa espera...

Se acercó al kiosco de los periódicos y de los libros, sin mirar... Compró unas flores, pero no las olió. Miraba siempre hacia el camino por donde debía ver el tren, aguzaba el oído, se mordía los labios; y el tren no llegaba... En un momento de arrebato asaltaron su pensamiento mil temores, el recuerdo de los últimos desastres ferroviarios con tanta víctima...

No quería preguntar nuevamente al mismo empleado. Se dirigió á otro tímida, temerosa; pero esta vez sin asomarse la sonrisa á sus labios.

—El tren de Génova ¿viene siempre con retraso?

—Sí, de diez minutos; dentro de cinco estará aquí.

Poco después un silbido, un vibrar apagado y sordo del tren y una gran columna de humo, lo estridente de la trepidación bajo la marquesina del andén...

Ella corría de un vagón á otro, mirándolos, impaciente, angustiada, y él no estaba.

Habían bajado todos los viajeros... y él no. Su corazón le palpitaba fuerte, muy fuerte.



No se
daba
cuenta
de lo
que le
sucedia.
Volvió la
espalda al
tren y se
dirigió al

jefe de estación sin saber qué podía ó debía decirle... Pero no tuvo necesidad de ello, porque de repente sintió la fuerte presión de dos brazos enamorados.

Era él, era Carlos...

Los ocho días de agonía, y los setenta minutos de inquietud, todo se había olvidado, todo se había sumergido en un mar de dulzura infinita.

Nada se dijeron en tanto no se acomodaron en un coche, y mientras éste corría al nido deseado, al nido feliz de su casa, ella, besándole en la boca cien y cien veces, le dijo:

—Ya lo sabes, yo te amo mucho más que tú á mí...

—Y ¿por qué?

—Porque yo te he escrito once veces y tú solamente ocho...

—Bueno, otra vez te escribiré veinte.

—No, no; no quiero que tú me escribas ni una sola carta. Otra vez, si me lo permites, yo me iré contigo... No quiero separarme de tí, no puedo...

*
*
*

Se habían sentado á la mesa, á la hora acostumbrada, tranquilos y felices, sin otros comensales que ellos mismos. No se miraban nunca cara á cara, porque sentían la necesidad de estar uno junto al otro, y aun comiendo, tenían que acariciarse y darse besos.

Hacia la mitad del almuerzo:

—Sabes que hoy á las cinco ha venido también á hacerme una visita el teniente B...

—Está bien.

—Es la tercera vez en esta semana.

—¿De veras?

—Y viene siempre á las horas en que tú estás en la oficina...

—No tendrá otras libres.

—Oye, Pablo, todo lo tomas con demasiada indiferencia. Me parece, no obstante, que en este caso debías preocuparte un poco más...

—Pero ¿qué te dice el teniente?

—Puedes creerme que jamás me ha faltado ni aun con la mirada... pero cuando no hay otra visita me mira con demasiada insistencia, me dice galanterías inocentes, con un acento muy expresivo...

—El teniente B. es amigo mío, y es un hombre muy galante. Ha venido á Módena hace poco y á nadie conoce, y por tanto es natural que haga visitas á la señora de un antiguo amigo y condiscípulo.

—De modo es que te place que venga á verme tres veces á la semana y se esté más de una hora, y me mire y me diga que soy guapa...

—No creo que haya venido tantas veces...

De todos modos le rogaré que venga por la tarde, cuando yo también esté.

—No, porque sería mostrar una desconfianza que hasta ahora no merece... Haré que la doncella le diga que hemos salido á dar una vuelta y así cambiará la hora de su visita.

—Haz todo cuanto quieras, querida mfa, y cumpliré en todo tus deseos para tranquilizarte sobre las visitas del galante teniente; pero, ¿quieres ser más realista que el rey? ¿Inquietarte cuando yo no me inquieto?

—Mira, Pablo mío, me disgusta que no te inquietes... No es solamente por el teniente de que hablo, sino por todos aquellos que en el teatro, en casa, en visita, me encuentran guapa, me lo dicen y me hacen la corte... En una palabra, Pablo mío, quisiera verte un poco celoso de mí.

Pablo, al oír esto, dejó caer sobre el plato el tenedor y el cuchillo, y, arrellanándose en la silla, soltó una carcajada, con un júbilo tan sincero, tan retozón, que también á ella le hizo reír.

—Cien mujeres se lamentan de los celos de sus maridos, y yo tengo una que deplora que su marido no lo sea.

—No, Pablo, no te rías. Esta indiferencia

tuya me hace creer que no me quieres, que no te importa que los demás me hagan la corte y hasta me ofendan...

—Querida, queridísima mía, por darte gusto yo también seré celoso.

—Un poquito, sabes, no demasiado...

—Un poquito... por ejemplo, ¿cuánto? ¿Así, dos dedos, tres dedos, medio metro?

—No, no te burles. Sabes cuánto te quiero, sabes que eres mi vida, y que sin tí moriría. Todo esto que te digo nace solamente del inmenso cariño que por tí siento... Yo, ya ves, estoy celosa de tí...

—Y yo no, porque te quiero demasiado, porque me parece que sería ofenderte dudar de tí... La mujer se defiende por sí sola sin necesidad de ningún aliado, y cuando además tiene un marido que la quiere y estima, le tiene al corriente de los ataques, de las acechanzas, de las amenazas, de las galanterías... y juntos defienden el propio honor y la propia felicidad.

—Sí, querido mío, tienes todas las razones del mundo, mas para hacerme feliz, sé un poco celoso.

—Sí, pero me tendrás que enseñar tú misma el método para aprenderlo.

Aquellos dos afortunados interrumpieron la comida para caer el uno en brazos del otro y hacer la paz después de una guerra tan pequeña.

El la quitó la chalina que cubría su cuello y en su lugar depositó un collar de besos...

—Ves, Nina, estoy celoso de esta chalina que te besa la espalda todo el día y me coloco en su puesto... ¿No ves, Nina, que comienzo á obedecerte? He tomado la primera lección de celos.

*
* *

Estaban ambos apoyados en el antepecho de una ventana que daba sobre el mar. Atardecía, y las estrellas brillaban en un cielo que no era negro ni azul. No sentíanse más rumores que el susurro del viento en las hojas de las palmeras y el lejano oleaje de las ondas que besaban la playa.

No hablaban, pero unido el brazo del uno al del otro se decían con las manos lo que los labios callaban.

Un perfume de jazmín, fuerte, violentísimo, venía del jardín y embriagaba á los dos... Eran felices.

Ella interrumpió el largo silencio.

—Querido, cuando miras al cielo y cuando miras al mar, ¿no crees en Dios, no crees en otra vida?

Él no la respondió, pero suspirando, apretó más fuerte la mano de ella...

—Al fin, si no me lo dices, me harás creer que la negación de todo lo que la razón no puede entender, es una inocentísima soberbia...

Y él respondió con otro apretón de manos largo, tierno, cariñosísimo.

—También las hormigas nacen y mueren sin conocer al hombre y sin entenderlo. Y, sin embargo, el hombre existe... Y ¿por qué no podemos ser esas hormigas para otra criatura más hombre, más ángel, más Dios que nosotros?

Y, sin embargo, él callaba. Su mano respondía con una creciente ternura.

—Pero habla, querido mío, dime algo.

Las palabras pugnaban por escapársele de los labios, pero se obstinaba en permanecer mudo.

—Si ya—dijo—ha respondido con palabras divinas el doctor Fausto á la Margarita de Goethe...

—Serán palabras divinas, todo lo que tú



... cuando miras al cielo y cuando miras al mar, ¿no crees en Dios,
no crees en otra vida?

quieras, pero á mí no me satisfacen. Fausto, ¿responde á un punto ó al otro?—Responde como la antigua sibila...

—¿Y en cuál otro caso puede el hombre responder al problema del ser y del no ser, del principio y del fin de las cosas?—Una respuesta dogmática puede ofender la razón y yo me siento humillado de creer lo que no entiendo...

—¡Soberbia, soberbia, siempre soberbia! Vuestra ciencia moderna está llena de orgullo.

—Y vuestra fe de supersticiones.

—No, amor mío, yo no te quiero imponer mi fe; pero cree en alguna cosa: haz una fe para tí solo; pero no me digas que Dios no existe, no me digas que no viviremos después de la muerte.

—Sí, tesoro, yo también tengo mi fe... Dame un beso...

Y se besaron tan larga y ardentemente, que sus besos en aquel momento fué el rumor más fuerte que se oyó en aquella contienda silenciosa.

—Ves, creo en tu amor, creo en la felicidad que me proporciona; si quiero, creo también que en este momento nuestras almas salen de lo más profundo de las vísceras á los labios y

allí se funden por un instante en un éxtasis de suprema felicidad.

—Y sin embargo, estas pobres almas, ¿deben morir con los cuerpos que las encierran?

—Y ¿quién lo sabe?

—¡Con que dudas también de tu duda!

—Escucha, amor mío, te quiero hacer una confesión, pero á nadie la digas, porque los hombres se reirían de mí. Por eso es suprema sabiduría el no mudar jamás de opinión, el no desengañarse nunca; también cuando la naturaleza misma muda todos los días, y el mismo progreso no es otra cosa que la negación del ayer... Antes de conocerte y de amarte, no creía en nada; pero ahora la idea de que no nos encontremos también en el cielo, me es insoportable y espero...

—Tesoro mío, si esperas, te encuentras á la mitad del camino que conduce á la fe...

—Y contigo y por tí, ¡quién sabe que no llegue un día!... Hoy déjame á la mitad del camino.

*
* *

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó de nuevo y más largamente que antes.

El beso, no producía esta vez rumores como en aquella contienda de silencio nocturno; no se oía más que el viento entre las hojas de las palmeras, ni otro ruido que el de las olas del mar cuando besaban la playa.



ÍNDICE

PRÓLOGO

Entre Scila y Caribdis.—¿Elijo ó no mujer?

Las tres vías del amor.—Cuál es la más ideal y la más honrada.—Cómo se ha de estudiar el matrimonio..... 7

CAPÍTULO PRIMERO

El matrimonio en la sociedad moderna.

Tiranía de los números.—Lo menos malo de la unión sexual.—El príncipe y el proletario.—La fiebre aurífera.—El ideal del matrimonio.—Los célibes.—Farsa, comedia y dramas matrimoniales.—Necesidad del divorcio.—La caza del marido.—Qué se debe enseñar á las muchachas.... 17

CAPÍTULO SEGUNDO

La elección sexual en el matrimonio. Del arte de elegir bien.

Primero el amor, el matrimonio después.—Matrimonio por lujuria.—El deseo y el amor.—Consejos oportunos.—Amores abortados.—Adónde van los deseos.—Consejos.—Hacer viajar al prometido..... 41